

**EL FIN DE LAS ESPECIES \***  
**PIERRE TEILHARD DE CHARDIN**

---

**N**o hace más de cien años que el hombre aprendió, para su asombro, que las especies animales tenían un origen, una génesis en la que también él estaba implicado. No sólo compartía la Tierra con toda clase de animales, sino que él mismo, de algún modo, era parte de esta diversidad biológica que hasta entonces había considerado propia únicamente de sus vecinos. ¡La vida era movimiento, y la humanidad era la última de sus sucesivas manifestaciones!

Esta sorprendente afirmación de la ciencia parecía no haber tenido más efecto que estimular la curiosidad (o la indignación) de los teóricos, pero pronto se hizo obvio que el sobresalto no era sólo mental y que el hombre decimonónico había sido sacudido hasta la médula.

Trescientos años atrás, en la época de Galileo, el fin del geocentrismo había intrigado y conmovido a las mentes ilustradas sin haber tenido un efecto apreciable en las masas. La sidérea controversia, después de todo, no había producido cambio alguno en la Tierra, en sus habitantes ni en la relación entre aquella y éstos. No obstante, el concepto de evolución biológica condujo a una

profunda remodelación de los valores en todo el planeta.

Para algunos espíritus que se sintieron ultrajados, el hombre aparecía degradado y destronado por esta teoría evolucionista que lo convertía en el último arribista al reino animal. Empero, para las mentes de la mayoría, nuestra condición humana pareció exaltada por el hecho de que estábamos enraizados, a fin de cuentas, en la fauna y el suelo del mundo, con un hombre que evolucionaba a la vanguardia del resto de los animales. En fin, hasta ese momento, si bien sabía que continuaría existiendo durante mucho tiempo, no había sospechado que tenía un futuro. Ahora, sin embargo, toda vez que era una especie, y las especies cambian, podría comenzar a otear y conquistar algo completamente nuevo que estaba más allá de él.

Así es como el "darwinismo", como se le llamó entonces, aun siendo muy ingenuo en sus inicios, llegó exactamente en el momento oportuno para crear la atmósfera cosmológica que el gran avance tecnosocial del último siglo necesitaba para que se creyera apasionadamente en lo que se hacía. Rudimentario y todo, el darwinismo ofreció la justificación científica de la fe en el progreso.

Pero hoy, por el desarrollo natural que le es intrínseco, tal movimiento ha devenido un reflujó, porque el hombre del siglo XX, a pesar de sus descubrimientos e invenciones, es una criatura

---

\* Aparecido originalmente en *The Future of Man* (París: Editions du Deuil) y traducido del francés por Norman Denny (New York: Harper & Row, Publishers, Inc., 1964). Traducción de Rafael Bullé-Goyri Minter.

aflicta. ¿Cómo explicamos tal estado de abatimiento, a no ser por el hecho fundamental de que, tras esa exaltada visión de pertenecer a una especie en crecimiento, confronta ahora una acumulación de evidencias científicas que apunta a lo inverso, es decir, la de estar condenado a la extinción?

### La extinción de las especies

Los biólogos no concuerdan sobre los mecanismos de la desaparición continua de las especies en el transcurso del tiempo geológico, proceso éste tan misterioso como su misma formación, pero la realidad de tal fenómeno es irrefutable. Las distintas especies, habiendo ya perdido su potencialidad para la "especiación", sobreviven como fósiles vivientes —lo que después de todo es una forma de muerte— o bien simplemente desaparecen, lo que constituye la gran mayoría, y son remplazadas por otras. Cualquiera que sea la razón de ello (la desadaptación a un nuevo entorno, la competencia, una extraña senescencia o posiblemente una sola causa básica que está en el trasfondo de tales razones), el final siempre es el mismo. Los días o milenios de cada ser vivo están, de acuerdo a los cálculos estadísticos, ineluctablemente contados; siendo así, utilizando la escala temporal que ha provisto el estudio de ciertos isótopos, comienza a ser posible tasar en millones de años la vida promedio de una especie.

El hombre puede ver hoy que las semillas de su disolución última radican

en su mismo ser. El final de la especie está en la médula de sus huesos.

¿No es acaso el presentimiento de este muro en blanco que subyace en todas las demás tensiones y temores concretos lo que paradójicamente (en el momento mismo en que todo obstáculo parece rendirse ante nuestro poder de entendimiento y señorío) endurece y opaca la mente de nuestra generación?

Como la psiquiatría nos enseña, nada ganaremos con cerrar los ojos ante este fantasma de muerte colectiva que ha aparecido en nuestro horizonte. Por el contrario, debemos abrirlos más que nunca.

Pero ¿cómo exorcisar al fantasma?

Puede decirse que tímida, incluso furtivamente (es sorprendente lo reservados que somos respecto de este tema), se han desarrollado dos argumentos que emplean los escritores y los maestros para reafirmarse a sí mismos y a los demás ante la certeza cada vez más obsesionante de ese final de la especie humana: el primero de ellos consiste en invocar la infinitud del tiempo; el segundo, en buscar un resguardo en las profundidades del espacio.

El argumento referido al tiempo es, a saber, que por las últimas estimaciones de la paleontología, la vida probable de una especie de dimensiones normales debe calcularse en millones de años. Si eso es cierto en el caso de las especies "ordinarias", ¿qué no decir de tal duración en el caso del hombre, esa especie favorecida, que gracias a su inteligencia ha podido remover todos los peligros de una seria competencia e incluso atacar en su raíz las causas de la senectud?

Y ahora el segundo argumento. Aun si suponemos que al prolongar su existencia en una escala de longevidad planetaria el hombre se encontrará finalmente con una Tierra químicamente exahusta bajo sus pies, ¿no es por ventura que está en el proceso de desarrollar los medios astronáuticos que le permitirán ir a todas partes y continuar su destino en algún otro confin del firmamento?

Esto es lo que ellos dicen, y hasta donde sabemos pueden existir personas para las cuales esta clase de pensamientos realmente desvanezca los nubarrones que velan su futuro. Por mi parte, únicamente puedo decir que encuentro tales consuelos en verdad intolerables, no sólo porque lo único que consiguen es aliviar y posponer nuestros temores, lo que ya es bastante malo, sino porque me parecen científicamente falsos.

Con el propósito de que el final de la humanidad pueda diferirse *sine die*, se nos pide creer que somos una especie que pervivirá y se extenderá indefinidamente, lo que significa, de hecho, que cada vez destruiremos más y más. Pero ¿no es esto precisamente lo opuesto de lo que ocurre aquí y ahora en nuestro mundo?

He estado insistiendo durante mucho tiempo en la importancia y significación del proceso técnico-mental que, particularmente en los últimos cien años, ha estado provocando de un modo irresistible que la humanidad se conglomere y aúne. Por rutina o prejuicio, la mayor parte de los antropólogos todavía se rehúsan a ver en este movimiento de totalización algo más que un efecto colateral, momentáneo y

trivial de las fuerzas orgánicas de la biogénesis. Cualquier paralelo que pueda hallarse entre la socialización y la especiación —sostienen— es meramente metafórico, a lo que yo replicaría que, si es así, ¿a qué forma de energía aún sin descubrir debemos atribuir científicamente el crecimiento irreversible y conjugado del Arreglo y la Conciencia que históricamente caracterizan al establecimiento de la humanidad sobre la Tierra?

Sólo tenemos que dar un paso más, estoy convencido, y nuestra mente abierta por fin a la existencia de una dimensión más, intuirá la profunda identidad que existe entre las fuerzas de la civilización y las de la evolución. El hombre, entonces, asumirá su verdadera forma ante los ojos de los naturalistas, la de una especie que, habiendo penetrado al terreno del pensamiento, repliega sobre sí misma sus ramificaciones en lugar de extenderlas. El hombre, *una especie que converge* y no diverge, como hacen todas las demás especies, encara, pues, su final en términos de algún estado paroxísmico de maduración que por su sola probabilidad científica tiene que iluminar las amenazas más sombrías de nuestro futuro.

Porque si por su estructura la humanidad no se disipa sino que se concentra en sí misma o, dicho en otras palabras, si sólo entre todas las formas de vida conocidas nuestro *phylum* zoológico se mueve hacia un punto crítico de especiación, ¿no es verdad que nos están permitidas entonces todas las esperanzas en cuanto a la sobrevivencia e irreversibilidad?

El final de una "especie pensante": no la desintegración y la muerte, sino un nuevo abrirse paso y un renacimiento, esta vez fuera del tiempo y del espacio, mediante el abundamiento de unificación y reflexión compartida.

No está por demás decir que esta idea de salvación de la especie que se busca no en la dirección de cualquier consolidación y extensión temporo-espacial sino a través de un escape espiritual por medio de un exceso de conciencia, no es aún seriamente considerada por los biólogos. A primera vista parece fantástica. Empero, si se piensa en ella larga y cuidadosamente, es notable cómo soporta el examen, cómo crece y se fortalece y, por dos razones entre muchas, arraiga en la mente.

En primer lugar, como ya he dicho, se corresponde más estrechamente que cualquiera otra extrapolación con la marcada urgencia de nuestro tiempo (desafiante incluso) en el sorprendente progreso del fenómeno humano. Pero, además, tal idea parece más capaz que todas las otras perspectivas del futuro de estimular y cimentar nuestro poder de acción al contraponerse con el pesimismo prevaleciente. Existe, por último, un hecho que debemos encarar.

Al presente, lo que más desacredita la fe en el progreso (aparte de la reticencia e indefensión cuando se contempla el final de la especie) es la insana tendencia que aún prevalece entre los adeptos de éste a distorsionar todo lo que es más valioso y noble en nuestra nueva expectativa de una "ultra-humanidad" al reducirla a algo así como un desastro

milenario. Los creyentes en el progreso piensan en términos de una Edad de Oro, un período de euforia y abundancia; y esto, nos dan a entender, es todo lo que la evolución nos tiene reservado. Ciertamente, el corazón debiera fallarnos al pensar en tan "burgués" paraíso.

De nueva cuenta, requerimos recordarnos —al tiempo que desechemos este materialismo y naturalismo verdaderamente pagano— que aunque las leyes de la biogénesis presuponen por su misma naturaleza una mejoría en las condiciones de vida, no es el *bien-estar* sino un hambre de *más-estar* que, por necesidad psicológica, pueda preservar a los hombres que piensan de un *taedium vitae*. Y ello hace perfectamente obvia la importancia de lo que he sugerido, es decir, que es sobre este punto de concentración espiritual (o superestructura) del que depende biológicamente el equilibrio de la humanidad, no de la disposición material de su base (o infraestructura). Porque si aceptamos la existencia de un punto crítico de especiación cuando concluyan todas las tecnologías y civilización, significa que aparece una salida en la cresta del tiempo, no sólo para nuestra esperanza de evasión, sino para nuestra expectativa de revelación.

Y esto es lo que mejor puede allanar el conflicto entre la luz y la oscuridad, la exaltación y la desesperación, en lo que, tras el renacimiento de todos nosotros en el Sentido de la Especie, seamos ahora absorbidos.

*Trad. Rafael Bullé-Goyri Minter*